

## Nuevos líderes para un viejo problema

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

En 1992 el politólogo norteamericano de origen japonés Francis Fukuyama publicaba el que, sin duda, ha sido su libro de mayor éxito y uno de los más influyentes en su momento, “El fin de la Historia y el último hombre”. Editado tres años después de la caída del muro de Berlín y en plena descomposición del comunismo, este autor proclamaba que, tras la conclusión de la Guerra Fría, se había producido el incontestable triunfo de la democracia liberal y el final de los conflictos ideológicos que habían marcado buena parte del siglo XX. Coincidió, igualmente, con un periodo de transición traumática de la desintegración de la Unión Soviética a una inestable Rusia, bajo Boris Yeltsin, empeñada de encontrar su sitio. En una visión hegeliana de la historia, Fukuyama venía a sustituir Alemania por los Estados Unidos, lo que, a la postre, suponía reemplazar ese esquema bipolar existente hasta la fecha por otro unipolar, dominado desde Washington. Hasta tal punto que dirigentes de distintos partidos como George Bush (republicano) o Bill Clinton (demócrata) llegaron a hablar de manera prematura de un nuevo orden mundial. Y digo de manera prematura porque, como advierte Henry Kissinger en su monumental obra “Diplomacia”, éste es posible que no se alumbre hasta entrado el siglo XXI. Pues bien, todo parecería indicar que, en efecto, estamos a las puertas.

A este respecto, hay, por ejemplo, dos datos de particular relevancia. El primero tiene que ver con China. El domingo 11 de marzo se dio un cambio trascendental en su Carta Magna. La Asamblea Nacional Popular aprobó, con 2.958 votos a favor, 2 en contra y 3 abstenciones, un paquete de enmiendas en las que no sólo se introduce el pensamiento de Xi Jinping en el propio texto constitucional, sino la posibilidad de su reelección indefinida. Lo que, por un lado, rompe con la prescripción de los dos mandatos existentes hasta ahora para evitar acumulación de poder y culto a la personalidad y, por otro, posibilita la confirmación de un dignatario capaz de hacer frente a los retos que tiene planteado el país en su deseo de convertirse en un imperio, económica, política y militarmente hablando.

El segundo elemento a tener en cuenta es el resultado cantado de los comicios del próximo 18 de marzo (primera vuelta) en Rusia, donde nadie duda de que el vencedor será Vladímir Putin, quien lleva en el ejecutivo desde el año 2000, ya en la presidencia, ya en la jefatura de gobierno (2008-2012). Con él, la Federación Rusa ha vuelto a ocupar un lugar fundamental en el tablero internacional, a pesar de la imprudencia de Barack Obama de menospreciarla y considerarla únicamente una potencia regional. Nada más lejos de la realidad, tal como se está viendo en el conflicto de Ucrania y, especialmente, en la guerra de Siria, donde su papel está siendo determinante. De hecho, para que no quedase ninguna duda de la fortaleza rusa, en el decimocuarto discurso ante las dos cámaras del Parlamento del pasado 1 de marzo, Putin mostró a los presentes las novedosas armas con las que cuenta para hacer frente al sistema antimisiles estadounidense y al despliegue de la OTAN en el Este de Europa. Semejante alarde de músculo guerrero se adecúa con la personalidad de un dirigente fuerte anhelado por un porcentaje mayoritario de votantes que, tras años de una cierta ausencia y numerosas cesiones, desean una Rusia enérgica con voz propia, que pueda oponerse a los dictados de la Casa Blanca. Evidentemente, no se trataría de volver a la Guerra Fría, como parecía insinuarse en tiempos de Obama, pero sí de sustituir el

tablero unipolar diseñado por Fukuyama por un modelo bipolar o multipolar, en el que el Kremlin tenga un protagonismo determinante.

Pensando, pues, en los viejos problemas que tiene planteado el planeta, como la crisis de Oriente Próximo en su conjunto, una alianza entre Putin y Xi Jinping puede constituir una unión estratégica que sirva de contrapoder a una Administración Trump incapaz de solucionar nada y susceptible de empeorar la situación. En Tierra Santa la anunciada apertura de la embajada americana en Jerusalén el próximo mes de mayo, la ausencia de un verdadero plan de paz auspiciado por Washington, el apoyo incondicional prestado a un Netanyahu acuciado por sus problemas de corrupción y el auge de un lobby judío encabezado por su propio yerno, Jared Kushner, muy desacreditado actualmente, urgen a buscar otros liderazgos capaces de desatascar escenarios como éste. También la decidida actuación del Kremlin contra el Dáesh está siendo innegable en Irak y Siria. Se podrá criticar su decidido apoyo a Bashar al-Asad, pero cuál era la alternativa: ¿dejar que los rebeldes fueran engullidos por los yihadistas y se hiciesen con el denominado Estado Islámico? Incluso, los lazos entre Moscú y Teherán pueden servir para encauzar la cuestión nuclear en Irán, asunto espinoso donde los haya. Partiendo de esta alianza, Putin se encuentra en la mejor de las circunstancias posibles para allanar el camino hacia un entendimiento entre árabes e iraníes y contribuir a la distensión entre sunitas y chiítas en la región. Simultáneamente, su ascendiente sobre Erdogan puede ser asimismo decisivo en el corto plazo. De manera que la solidez de líderes como Putin y Xi Jinping, caso de mantenerse su amistad en los próximos años, ha de constituir una alternativa clara a unos Estados Unidos que, en esta zona, no ha sabido actuar ni con mesura ni con imparcialidad. Y menos ahora con Donald Trump.

12 de marzo 2018